

Mejorar nuestra celebración

En Junio de 2014 fue publicada una carta circular de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos por la que se expone el significado del Rito de la Paz en la Eucaristía y dispone algunas rectificaciones en nuestras celebraciones eucarísticas que habrá que llevar a cabo dado el caso.

En la Exhortación Apostólica Sacramentum Caritatis del papa Benedicto XVI se resalta *“la conveniencia de moderar este gesto, que puede adquirir expresiones exageradas, provocando cierta confusión en la asamblea precisamente antes de la Comunión”* (n. 49).

La Carta Circular, apoyándose en lo prescrito en la Ordenación General del Misal Romano y en otros documentos oficiales, *invita a que se eviten los siguientes “abusos”*:

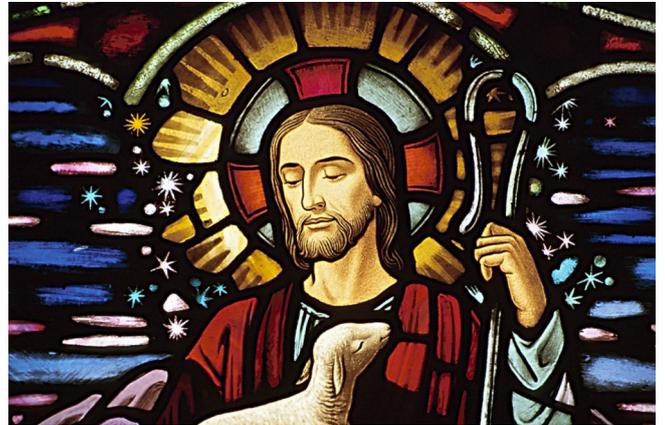
- La introducción de un “canto para la paz”, inexistente en el Rito romano. El canto que no debe ser nunca omitido es el del Cordero de Dios.
- Los desplazamientos de los fieles para intercambiarse la paz. Sólo debe darse a los más cercanos.
- Que el sacerdote abandone el altar para dar la paz a algunos fieles.
- Que el rito de la paz se convierta, en diversas circunstancias y celebraciones, en ocasión para felicitar o bien expresar condolencias entre los presentes.

La carta recuerda así mismo que el Misal Romano prescribe que el rito de la paz se realizará siempre que el sacerdote lo estime oportuno (Ordo Missae, 128). Por tanto, “es totalmente legítimo afirmar que no es necesario invitar mecánicamente a darse la paz. Si se prevé que tal intercambio no se llevará a cabo adecuadamente por circunstancias concretas, o se ritiene pedagógicamente conveniente no realizarlo en determinadas ocasiones, se puede omitir, e incluso debe ser omitido”.

Hagamos todos un esfuerzo por vivir este rito de la Paz según nos lo pide la Iglesia

Catequesis sobre la 3ª edición del Misal

El rito de la Paz



La paz: deseo del hombre y don de Dios

En medio de un mundo dividido y violento buscamos la paz, pero este mundo es incapaz de alcanzarla. Continuamente del corazón de los hombres rebrotan el odio y el orgullo.

Deseando una verdadera paz, clamamos a Dios, que nos responde. Cristo es nuestra Paz. Él ha reconciliado a los hombres con Dios y nos ha unido a todos en su amor. Él una vez resucitado nos dijo: *“Mi paz os dejo, mi paz os doy”*. Cristo nos ha traído la paz. Él es el manso y humilde de Corazón, en Él la humanidad recibe la unidad fraterna de los hijos de Dios.

La Eucaristía: Pan vivo para la paz del mundo

La Eucaristía es el don del Amor del Padre que ha enviado a su Hijo único para que el mundo se salve por medio de Él (cf. Jn 3, 17); amor de Cristo que nos ha amado hasta el extremo (cf. Jn 13, 1); amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (cf. Rm 5, 5), que clama en nosotros «¡Abbá, Padre!» (Ga 4, 6). La Iglesia vive de este don supremo que la reúne, la purifica y la transforma en un solo Cuerpo de Cristo animado por un solo Espíritu (cf. Ef 5, 29). Aquí encontramos la verdadera paz.



El rito de la paz en la liturgia romana

En la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II el rito de la paz ha recuperado su carácter genuino.

Toda la celebración de la santa Misa es portadora de la paz de Cristo. Pero especialmente ***con el rito de la paz en la Eucaristía, la Iglesia implora la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana, al mismo tiempo que los fieles expresan la comunión eclesial y la mutua caridad, antes de recibir la comunión.***

En la Liturgia Romana, a la luz del evangelio de san Juan, la Paz es el don de la Pascua. ***“La Paz con vosotros”*** son las primeras palabras de Jesús Resucitado a sus discípulos. Por eso el rito Romano espera a que Cristo esté vivo y presente en el altar después de la consagración, para que como en el día de Pascua él nos de su Paz. El gesto de la paz no es un intercambio entre los fieles antes del ofertorio, sino que es recibir la Paz del mismo Cristo Vivo como ocurrió en el primer día de Pascua.

Por esta razón el signo de la paz se sitúa en los ritos que conducen a la comunión. Se inicia pidiendo al Señor que nos libre del pecado y nos dé la paz: ***“Libranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación (...).”*** Inmediatamente, la asamblea proclama: ***“Tuyo es el Reino, tuyo es el poder y la gloria por siempre, Señor”***.

En la siguiente oración, el sacerdote nos recuerda el mensaje de paz expresado por Jesús resucitado a sus apóstoles, además de invitarnos a unirnos a la Iglesia, cuerpo de Cristo, para vencer el pecado y la división: ***“Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles “La paz os dejo, mi paz os doy” no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos”, a lo que todos juntos respondemos “Amén”***.

Jesús realmente vivo y presente en el Sacramento del altar quiere que recibamos su paz, por ello el sacerdote en nombre de Jesús nos dice: ***“La paz del Señor esté siempre con vosotros”***, nosotros respondemos: ***“Y con tu espíritu”***. ***Aquí ya está cumplida eficazmente la entrega de la paz. A una sola voz hemos sellado el vínculo de la***

caridad. Ahora podemos exteriorizarlo. El sacerdote, ***si lo estima oportuno***, nos invita a compartirla con nuestros hermanos: ***“Daos fraternalmente la paz”***.



Significado teológico del rito de la paz

A través del sacerdote, Jesús vivo y presente en el altar nos da su paz y la sella con el beso de su amor que será perfecto en la sagrada comunión. En este “beso de paz” de Cristo a todos y cada uno descubrimos que somos hermanos.

- Por tanto la disposición que debemos tener en este momento es **una actitud de adoración a Cristo**. Si de él viene la Paz, nuestra actitud es adorarle presente para poder recibir su paz y transmitirla. San Agustín, nos recuerda: «Nadie come de esta carne sin antes adorarla [...], pecaríamos si no la adoráramos» (SCh 66). Intercambiar el gesto de paz se vivirá en esta actitud fundamental de adoración al gran Sacramento que está sobre el altar. ***Ello supone que el rito debe ser sobrio, y profundamente espiritual.***
- Se trata de la paz de Cristo. No una paz meramente psicológica o humana, sino un don de Cristo; no una paz que conquistamos nosotros con nuestro esfuerzo, sino una paz que nos concede el Señor.
- Está motivada por la fe, más que por la amistad: reconocemos a Cristo presente en el hermano, al igual que lo reconocemos en el pan y el vino consagrados.
- La fraternidad en Cristo es el fruto principal de la Eucaristía; es una condición previa para la comunión y, al mismo tiempo, la convicción de que la Eucaristía va construyendo esta unidad no solo de los cristianos sino de toda la humanidad. Los cristianos ***“imploran la paz y la unidad”***, a la vez que se comprometen a realizarla.